

DEFENSA DE LA CORUÑA EN 1589

ORACIÓN

PRONUNCIADA EN LA SOLEMNE FUNCIÓN RELIGIOSA

CELEBRADA POR EL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA CORUÑA

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN JORGE

EL 2 DE JULIO DE 1903

en cumplimiento del voto hecho por la Justicia y Regimiento de la ciudad

EN 19 DE MAYO DE 1589

POR EL M. I. SR. CANÓNIGO PENITENCIARIO

DE LA S. I. CATEDRAL DE TÚY

D. Antonino Cerviño González

Impreso por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento

LA CORUÑA

Est. tipográfico «La Gutenberg»

19—BARRERA—19

1903

XX. 3 (163)

PB 077-4
CB 11032910
Titn. 602845

DEFENSA DE LA CORUÑA

EN 1589

DEFENSA DE LA CORUÑA EN 1809

OPERACIONES

1809

1809

EN LA

1809

DEFENSA DE LA CORUÑA

1809





DEFENSA DE LA CORUÑA EN 1589



ORACIÓN

PRONUNCIADA EN LA SOLEMNE FUNCIÓN RELIGIOSA

CELEBRADA POR EL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LA CORUÑA

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN JORGE

EL 2 DE JULIO DE 1903

en cumplimiento del voto hecho por la Justicia y Regimiento de la ciudad

EN 19 DE MAYO DE 1589

POR EL M. I. SR. CANÓNIGO PENITENCIARIO

DE LA S. I. CATEDRAL DE TÚY

D. Antonino Cerviño González

Impreso por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento

LA CORUÑA

Est. tipográfico «La Gutenberg»

19—BARRERA—19

1903

UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

↔ Dedicatoria ↔

Al Excmo. Ayuntamiento de la Coruña debe este discurso los honores de la publicidad. Escrito sin pretensiones de ningún género y sólo con el fin de ser pronunciado en la solemne función religiosa del Voto, no cuidó su autor de perfilar el estilo y dar corrección á la forma. Pero una distinción que no esperaba por inmerecida, le arranca de la obscuridad á que estaba destinado y le presenta á la censura de los inteligentes. Severa ha de esperarla el autor; más no por eso se cree menos obligado á la señalada honra con que la dignísima Cámara municipal ha querido distinguir el nombre del dedicante. Por eso no cumpliría como bueno y agradecido si al acceder al acuerdo del Excmo. Ayuntamiento de la **Muy Noble y Muy Leal** ciudad herculina, no testificase el profundo reconocimiento de que es deudor, invocando, á la par, los títulos del ilustre Mecenas que le apadrina, á fin de que la humilde producción de un orador sin fama, no corra los riesgos de los libros exentos de todo mérito literario.

Antonino Cerviño.





Si ambulavero in medio tribulationis, vivificabis me: et super iram inimicorum meorum extendisti manum tuam et salvum me fecit dextera tua.

Si anduviere en medio de la tribulación, tú me darás valor y aliento: sobre la ira de mis enemigos has extendido tu brazo, y tu diestra me ha salvado.

Salmo CXXXVII, v. 7.

EXCMO. SEÑOR: (1)

Vengo en hora triste para la patria á celebrar una de las más hermosas páginas de su brillante historia. Cuando todavía los ojos derraman lágrimas de dolor por los padres, los esposos y los hijos muertos ó cautivos en las apartadas regiones que fueron... ¡y ya no son españolas!; cuando aun el corazón de las madres mana sangre, el pecho de las viudas se oprime con la aflicción, y el alma de los patriotas se enciende en ira y en deseos de venganza, no es, no, ocasión propicia la que aquí nos reúne para cantar las proe-

(1) El Excmo. Ayuntamiento constitucional, presidido por el señor Gobernador civil de la provincia.

zas de los héroes y los hechos que enaltecen las memorias queridas de gloriosos ascendientes. En tales horas, señores, y en tales circunstancias se percibe en el fondo de la conciencia una nota que plañe al mismo tiempo que los labios pretenden hacer vibrar un eco de satisfacción y de triunfo. Sin que la voluntad sea bastante poderosa para impedir las pasadas memorias, escucho en este instante los lamentos de los desterrados de Israel que en medio de sus tristezas son forzados á repetir, á compás de los rotos laúdes, las dulces canciones de la patria bien amada. «Junto á los ríos de Babilonia, dicen, nos sentamos, y lloramos acordándonos de Sión. En los sauces colgamos nuestras cítaras, porque los que nos llevaron cautivos nos demandaron canciones diciéndonos: Cantadnos un himno de los cánticos de Sión». *Quia illic interrogaverunt nos... Himum cantate nobis de canticis, Sión.* (1)

Yo no puedo, no puedo, señores, cantaros el himno robusto y sonoro que, en días de más ventura y regocijo, supieron entonar los elocuentísimos oradores que ocuparon este mismo púlpito en ocasión tan solemne como la presente. Yo no puedo soltar la lengua para hacer resonar en medio de vosotros el himno triunfal de los hijos de Israel al ver sobre las olas del mar Rojo los flotantes restos del ejército perseguidor. La indignación que arde en mi pecho y en vuestros pechos, los crespones que enlutan todavía las banderas nacionales, me obligan á exclamar, mirando al cielo y á los fríos hogares de mi patria idolatrada: «Hija infeliz de Babilonia, bienaventurado el que te diere el pago que tú nos diste; bienaventurado el que te tomare y estrellare tus pequeñuelos contra la dura

(1) Salm, CXXXVI, vv. 1, 2 y 3.

roca del camino». *Filia Babylonis misera... beatus qui retribuēt retributionem tuam... beatus qui tenebit et allidet parvulos tuos ad petram.* (1)

¿Qué vengo, pues, á hacer en este sitio, excelentísimo señor, nobles coruñeses, si no me es dado celebrar con canciones patrióticas y guerreras las hazañas de vuestros abuelos, las victorias de vuestros antepasados, las proezas de aquellas inimitables mujeres que, semejantes á Judith en la fortaleza, á Débora en el valor, á Jael en la bravura, en momentos críticos para la honra de la nación, bajaron armadas al campo de batalla y postraron por tierra las arrogancias de los caudillos extranjeros? ¿Es sólo para entonar tristes endechas y fúnebres plegarias el objeto de mi presencia en esta sagrada cátedra? No, señores; el objeto es diferente; el asunto reclama otros tonos y otros pensamientos, y yo haré un esfuerzo por alejar de mi mente imágenes sombrías y tragedias dolorosas, pintándoos, aunque sea con las pálidas tintas de un inhábil pincel, el cuadro inimitable de vuestras imperecederas grandezas. Porque siempre, en medio del dolor, es oportuno recordar los días de fortuna, y templar en las aguas benditas de la esperanza, el espíritu endurecido por las corrientes de la tribulación; buscar en las situaciones felices remedios para los trances apurados; indagar las causas de las prosperidades antiguas á fin de prevenir las caídas futuras; tomar lecciones del pasado para enmendar los yerros del presente y preparar los sucesos del porvenir. A este objeto, nobilísimo y doctrinal, encaminaré mi discurso, tan pobre de conceptos como sobrio y desaliñado en la forma, porque no ha sido concedido á inteligencias menguadas como la mía y á

(1) Salm. CXXXVI, vv. 8 y 9.

imaginaciones infecundas tejer artísticos ramos y preciosas coronas, dignas de los héroes á quienes estas fiestas especialmente se consagran.

Bien hacéis vosotros, nobles coruñeses, en rendir anualmente homenaje de gratitud y de honor á la memoria querida de vuestros antepasados, los cuales, en la lucha colosal contra el terrible corsario, arrojaron impertérritos la muerte antes que envilecerse con una cobardía, y supieron triunfar del audaz aventurero invocando, en tan apretado trance, la protección de Aquella que en la corona poética de nuestros diarios saludos es llamada con justicia *Virgen poderosa, Torre de David, Auxilio de los cristianos, Consoladora de los afligidos*.

La religión y la patria inspiraron aquella altiva resistencia y dieron temple de hierro á los débiles pechos de acobardadas matronas, las cuales, al par de los más esforzados atletas, grabaron en la memoria de la posteridad un recuerdo imborrable de admiración y heroísmo; de un heroísmo, señores, que, sin la severa é intransigente fidelidad de la historia, diera á aquellos arrosos femeniles todo el interesante colorido de una épica é inimitable leyenda.

Elegido yo, no por propios merecimientos, sino por vuestra benevolencia extremada, para recordar la importancia de tan memorable acontecimiento, que constituye el blasón más glorioso de vuestra hereditaria hidalguía, siento temor y desaliento. Temor, porque me exigís una elocuencia que no es obra de empeño y de trabajo, sino un don gratuito que baja del cielo. Desaliento, porque siendo inconmensurable el campo de acción de aquellos sucesos, múltiples los personajes que en ellos han intervenido, interesantísimas las figuras que los decoran, complejos los episodios de aquella empresa gigantesca, providencial

el desenlace de tan titánicos esfuerzos, la vista se turba y el espíritu desmaya, y sólo vuestra ilustración reconocida puede templar, con la seguridad de una disculpa anticipada, los justos recelos de un corazón alarmado. Las dulces insinuaciones de la amistad han vencido las resistencias mejor combinadas y los propósitos de una retirada definitiva en quien el gasto de las energías reclama imperiosamente la recompensa del olvido. ¿Y exigiréisme todavía que recoja con mano juvenil haces de siemprevivias y coronas de laurel para depositar sobre las sagradas tumbas de los vencedores y adornar los altares que escucharon los ardientes votos de los oprimidos? Bien penetrado de vuestra indulgencia, sigo adelante con los ojos fijos en el campo que debo recorrer, plantado de laureles, es verdad, pero también sembrado de inmensos escollos.

Los coruñeses, cercados por la poderosa escuadra del Drake y por los nutridos batallones de Norris, levantaron sus ojos al cielo, pusieron su confianza en María y su corazón en el «Dios de los ejércitos», y Dios y la Virgen oyeron el grito de la fe en la queja del pecho angustiado. Entonces tuvieron cumplido efecto las palabras que puse por lema de este discurso y que seguramente han repetido vuestros padres al ver alejarse y perderse, entre las brumas del horizonte, las velas desplegadas de los navíos corsarios: *Si ambulavero in medio tribulationis, vivificabis me: et super iram inimicorum meorum extendisti manum tuam et salvum me fecit dextera tua.*

Mi pensamiento, excelentísimo señor, se reduce á muy pocas palabras; brota espontáneo de los hechos más culminantes de nuestra patria historia y es consecuencia necesaria del interesante relato de las hazañas que abrillantan y glorifican á la muy *Noble y*

Leal ciudad herculina. La religión y el patriotismo fueron la causa de nuestras pasadas grandezas, y son, asimismo, garantía del honor y de la libertad de los pueblos.

Procuraré demostrar esta tesis, á fin de que aprendáis á poner en las presentes desventuras de España la confianza en Aquel que á la hora precisa suscita los caudillos y hace brillar sobre la frente de los héroes el sol de la victoria. Evitaré de propósito reproducir datos, fechas y circunstancias, mil veces repetidas desde este púlpito y consignadas en páginas de escritores diligentísimos. No vengo, bien lo sabéis, á trazar biografías; vengo apenas á fotografiar un perfil, y perfil instantáneo. Algunos contornos salientes, algunas líneas, tan fieles como yo sepa dibujarlas, mostraros han de repente esas fisionomías majestuosas é insinuantes, sin necesidad de largos procesos y artificiosas combinaciones. Antes, empero, de dar comienzo á mi tarea pedid á vuestra Patrona, la Virgen Santísima del Rosario, me asista con sus luces y me conceda sus auxilios, saludándola rendidamente con las palabras del Angel. Ave Maria.

I

Texto ut supra.

Exemo. Señor:

Hay un elemento radical y primitivo que contrasta todas las resistencias y vence todos los obstáculos, que sustenta todos los espíritus y dirige todos los movimientos de la criatura humana. Este elemento es la idea, germen de los hechos sublimes y florecencia de los pueblos civilizados. Los pueblos, seño-

res, viven por la idea, progresan por la idea, elévanse y glorificanse por la idea. Por la idea se afirma la grandeza de las razas y se explican todas las vicisitudes de la historia.

El Egipto yérguese y predomina cuando revela al occidente los secretos del oriente. La Fenicia dilátase é impera cuando crea el arte de navegar, inventa el alfabeto, destruye la rutina jeroglífica de naciones más atrasadas, fija en la piedra y en el bronce la móvil palabra humana, y establece relaciones comerciales con las tribus que pueblan las orillas del Mediterráneo y las costas del Atlántico hasta el cabo brigantino. La Grecia fascina, deslumbra cuando afirma su pensamiento con Platón y Aristóteles, empuña el cincel maravilloso con Fidias y Praxiteles, tañe la lira sonora con Tespis y Eurípides, y esparce por todas partes los tesoros del arte y de la ciencia. Roma sojuzga, avasalla cuando, sacudiendo la espada flameante por el ansia conquistadora de sus guerreros, modela y uniformiza las naciones en la disciplina del derecho.

Y nosotros, señores, los celebrados paladines de la edad media, más modernos pero más afortunados que aquellos pueblos viriles y expansivos, nosotros videntes como los egipcios, navegantes como los fenicios, inspirados y cantores como los griegos, colonizadores como los romanos, fuimos la envidia y el espanto del orbe cuando, iluminados y alentados por esa idea rutilante é incontrastable, hemos circunscrito la tierra con un surco indeleble; con el surco de nuestros inmortales descubrimientos, de nuestras incomparables empresas, de nuestras portentosas hazañas, de nuestras glorias eternas.

En el gran plano de la historia cada pueblo tiene su destino providencial, del mismo modo que en el

gran plano de la naturaleza cada ser tiene su fin correspondiente. Todo marcha y se agita bajo la mano de Dios, que ha señalado al hombre, como ha señalado al más pequeño insecto, al microscópico infusorio que emprende viajes fatigosos á través de una gotita de agua—su océano y su mundo gigantesco—una órbita definida, para la resultante cadenciosa y armónica del orden universal. Sirven las ideas aquel designio, como los órganos de cada ser aquel fin; y luego que tales ideas se oscurecen ó tales órganos se quiebran ó atrofian, los pueblos, como los individuos, decaen, mueren, desaparecen. Y en los dominios de la vida intelectual, así como en los dominios de la vida pública ¡cuán preponderante es, señores, y decisiva la idea creadora por excelencia y por excelencia patriótica—la idea religiosa! La religión es más que una idea: es un ideal insustituible, puesto que se cierne entre dos infinitos: entre la infinita aspiración de la criatura á la inmortalidad de su ser, y el infinito amor de Dios al comunicarse y, en cierto modo, conaturalizarse con la misma criatura. La religión envuelve á la personalidad humana como la atmósfera al planeta; distiéndese sobre nuestras almas como el cielo sobre nuestras cabezas. Da á cada una de las facultades más fundamentales de nuestro espíritu sólido alimento en la serie de sus dogmas, y á cada una de las necesidades más legítimas del corazón un protector en la jerarquía de sus santos. Fecunda con su aliento divino y consagra con el óleo de su palabra los generosos esfuerzos y los nobles anhelos de la humanidad desterrada: anima el trabajo, impulsa el progreso, santifica la familia, engrandece al individuo y á la patria; sonríe cariñosamente entre las auroras de la cuna y gime dolorida, sembrando consuelos y esperanzas, entre las sombras del sepulcro; nace á la

par del hombre, acompáñale en su viaje fatigoso por la tierra, ampárale con su escudo en los combates de la existencia, y penetra con él en los umbrales de la eternidad. Ella, la creencia divina, hace al hombre superior á sí mismo: infúndele alientos para explorar los misterios de ultratumba, las regiones de lo desconocido; le da un corazón para amar los encantos de la belleza; nervios para avivar los letargos del organismo y lanzarlo á las luchas gloriosas de la vida; arrojós sublimes en los peligros, templanzas augustas en las provocaciones de los adversarios, alegrías santas y lágrimas compasivas, estremecimientos de piedad y voces de arrepentimiento y de perdón. ¿Buscáis, señores, para ella horizontes más puros, espacios más inmensos?...

Bajo su inspiración tienden las alas y se elevan á inconmensurable altura las artes y las ciencias. El arte, que obtuviera una consagración clásica, pero sensual, en los mármoles de la culta Grecia, y manchara, en un delirio de torpezas, el escenario vastísimo de Roma, cifó nuevos nimbos, rasgó los horizontes y se presentó ataviado con todos los esplendores del recato y del genio en el siglo de León X y Carlos V, y tallando el granito, fundiendo metales, inventando tintas, combinando colores, lanzó á los aires esos celebérrimos templos, en los cuales la arquitectura, la escultura, la pintura y la música se alían y confraternizan en un pensamiento común—esos templos magníficos, portentosos, que testifican y pregonan nuestra unión con el supremo y soberano artista, Dios.

Y esos templos así idealizados, casi aeriformes, se llaman en Roma el Vaticano; en Constantinopla, Santa Sofía; en Londres, San Pablo; en París, Nuestra Señora; en España, el Escorial, San Juan de los Re-

yes, y esas famosísimas catedrales de León, de Burgos, de Sevilla, de Toledo, de Salamanca, de Santiago, en cuyas maravillas parece hánse agotado los recursos de la inspiración, y bajo cuyas bóvedas creemos escuchar de continuo el himno eucarístico que entona la humanidad desde las lejanías de su destierro al Dios sumo é increado, que le abre los brazos desde las alturas de su grandeza y de su misericordia; al Dios en cuya hermosura se extasia, en cuya providencia espera, en cuya verdad han comulgado y comulgan todos los sabios y todos los pueblos esparcidos sobre la redondez de la tierra.

Señores: me horrorizan el ateísmo y sus congéneres. Esa absurda negación de la causalidad divina y de la providencia suprema; el empeño en igualar nuestro organismo á los organismos inferiores; todas esas enervantes doctrinas ofenden mi razón y rebajan mi dignidad de hombre. Porque, al fin, si la humanidad no es más que un agregado de átomos y el universo una combinación de fuerzas; si la mente de Platón y Aristóteles no pasa de ser una secreción cerebral, y el alma de San Agustín y de Laplace una elaboración química; si la molécula es el principio y la nada el último fin; si la evolución eterna é inconsciente de la materia es la ley que rige á las especies vivientes, como la atracción es la ley que preside á las formaciones cósmicas y siderales; si la fe es un mito y Dios es el acaso... ¡ah, señores, no vale la pena de hablar de genio, de verdad, de virtud, de justicia, de civilización; porque todo ese trabajo angustioso y ese itinerario sangriento á través de la historia buscando un tipo de perfectibilidad en la enseñanza que presen-
tan á las razas vivas las razas muertas y los pueblos desaparecidos, conducen directamente al vacío y se pierden entre sombras y tinieblas, en medio de las

cuales en vano la razón busca una salida y la ciencia quiere fijar su planta y esparcir sus resplandores. Entonces se nos engaña cuando de la libertad se pretende hacer un dogma de derecho político y del progreso un principio de derecho social. Entonces el acto que estamos realizando, este recuerdo que consagramos á los héroes, esta comunicación que entablamos con los muertos que aquí han venido á arrodillarse para testificar á Dios su gratitud y su fe en una inteligencia que dirige los acontecimientos; estos obsequios, estos sacrificios, estas oraciones; la música que nos arroba, el incienso que se quema y perfuma las sagradas aras; lo que nos eleva, conmueve y fortifica bajo las bóvedas de este hermosísimo templo, carecen de significación y de verdad, y si algo reproducen son las quimeras de los alucinados que han tomado por ruido de cañones y disparos de mosquetería el rumor de las olas y los bramidos de la tempestad.

Mas es inútil, señores, que la ciencia incrédula intente arrancar del fondo de la conciencia el principio religioso, que satura, por decirlo así, de aroma espiritualista cuanto vemos y tocamos. La divinidad nos rodea y envuelve, y en vano la negación hace esfuerzos por eludir su presencia. El hombre ha creído siempre en la comunicación positiva del género humano con el Ser Supremo por medio de la palabra directa del Creador. «Todos los pueblos, ha dicho Lacordaire, han unido á la fe de los sacrificios la eficacia de los sacramentos; todos llamaron los sacrificios, las ceremonias y las oraciones en auxilio del alma humana que se esforzaba por unirse á Dios. Homero inmola víctimas con la misma liturgia del Levítico; Delfos manda expiaciones con la misma lengua que habla Bearnés; el augurio etrusco bendice las colinas romanas como el druida consagra los bosques de

Gaule; y por sobre estos ritos vivos de una creencia invencible se eleva incesantemente hacia Dios el sacramento de la súplica para pedirle milagros en nombre de todo dolor que espera y de todo desfallecimiento que adora. Quitad al hombre esta creencia confortante, este consuelo vivificador; decidle que es una partícula suelta en los mundos del espacio; que marcha arrastrado hacia el abismo de lo desconocido por una fuerza inexorable y fatal; que aparece sin su voluntad y desaparece sin esperanza de vivir la misma vida en la realidad de otros destinos, y habréis destruído de un golpe el hermoso edificio de la historia y cortado el eslabón que une á las generaciones presentes con las generaciones pasadas y las sociedades del porvenir; habréis, en una palabra, abolido el principio social y progresivo de la solidaridad humana, haciendo para siempre imposible todo ideal de perfeccionamiento que persiguen sin alivio el hombre en los arrebatos de sus deseos sin límites y los pueblos con los procesos de sus energías incontrastables. Generaciones escépticas son sin remedio generaciones paralíticas, y generaciones paralíticas son sin excepción generaciones inútiles. Sólo los grandes ideales forman los grandes caracteres, y los grandes caracteres los grandes Estados. Y no hay sentimiento, señores, que sobrepuje al sentimiento religioso en valor y en constancia, en el amor á la vida y en el desprecio á la muerte. ¿Quién sobrepujó á los mártires en el desprecio á la muerte? ¿Y quién, sino el amor á la vida en el seno inmortal de Dios, les hizo invencibles entre el horror de los tormentos y la feroz de las persecuciones? Unid, pues, al sentimiento de la inmortalidad el sentimiento patriótico; fundid en un mismo crisol la fe en Dios y la fe en los destinos de la patria, y tendréis el elemento primordial é

insustituible de la grandeza de las naciones; tendréis los héroes de Covadonga, de Roncesvalles, del Salado, de Lepanto, de Otumba, de Bailén, de la Coruña; tendréis esa inimitable epopeya que se prolonga desde los riscos de Asturias hasta los muros de Granada, desde la caída del Guadalete hasta las glorias de Pavia y San Quintín; tendréis el grandioso poema nacional, que se mueve y avanza desde Santa Cruz á Toledo, desde Toledo á Sevilla, desde Sevilla á Granada, desde Granada á Orán, y á los confines del Asia, y á los extremos del mundo, como para reunir sobre una sola frente todas las coronas del universo. Tendréis poetas como Lope y Calderón; clásicos y hablistas como Cervantes y los dos Luises; arquitectos como Herrera; escultores como Cano; pintores como Murillo, Velázquez y Morales; guerreros y conquistadores como Gonzalo de Córdova, D. Juan de Austria, Cortés y Pizarro; navegantes como Legazpi, Elcano y los Nodales; tendréis, en fin, aquella patria que abarca todos los continentes, que domina en todos los mares, que tiene súbditos en todos los climas, y obliga al sol á que ilumine continuamente con sus rayos un pedazo de la monarquía española. La religión, fuente de unidad, es al mismo tiempo, y por una consecuencia necesaria, manantial de energía y de fuerza; y con esos dos factores—la unidad y la fuerza—es imposible que una nación no progrese, no domine, no alcance un grado de prosperidad y de gloria cual lo logró España cuando, una y creyente, hizo brillar sus estandartes al sol de dos hemisferios, en aquel período «en que vivió Gonzalo para espanto del mundo antiguo, y Colón para descubrir el nuevo», en aquel período de grandezas en que España imponía sus leyes, sus costumbres y su literatura á todas las naciones extranjeras.

Dilatar la patria y propagar la religión; adquirir mayores espacios y mundos ignotos; llevar la fe á tribus salvajes y la civilización á regiones incultas, ved aquí, señores, la idea fija, la voluntad incontrastable de los monarcas y guerreros españoles: cantar las epopeyas militares de aquellos héroes, ved aquí la misión patriótica de nuestros arrogantes poetas: inmortalizar en la piedra, en el bronce, en el lienzo las portentosas hazañas de aquellos capitanes legendarios, ved ahí el afán de nuestros insuperables artistas: colocar al nivel de la fama guerrera el nivel de la fama científica, teológica y filosófica, ved ahí la noble aspiración de los Suárez, Sotos, Vives, de esa pléyade incontable de sabios que ilustran con su nombre el inmenso campo de la ciencia española. Religión y patria: ved ahí, señores, el ideal de aquellos cerebros portentosos, la única palpitación de aquellos corazones esforzados, el lema que entusiasmó á nuestros mayores para llevar á cabo empresas verdaderamente mitológicas si por ventura no fuéramos testigos de la herencia que ellos han adquirido creyendo en Dios y confesando á Jesucristo, y nosotros hemos ignominiosamente perdido arruinando los templos que ellos han levantado y blasfemando los dogmas que ellos han bendecido.

Auscultad rápidamente—porque no es posible recitar en una hora el inmenso poema de veinte siglos de inmarcesibles laureles—auscultad, digo, rápidamente las palpitaciones de la vida nacional en la época de su mayor desarrollo, evocad y contemplad, iluminada por los hilos de luz que surgen á la vez de tantos focos resplandecientes, la historia épica de esta madre de las grandes concepciones y bienaventuradas proles, y veréis que en dos palabras puede sintetizarse el secreto de su prodigioso encumbra-

miento: la fe, que enardece las almas; la patria, que calcina los corazones; la fe, que representa lo más hermoso y poético de la vida futura, la patria, que sintetiza lo más dulce y amado de la vida presente; la fe, que es un anhelo infinito, la patria, que es un idilio constante; la patria, señores, el conjunto de recuerdos, de afectos y de esperanzas: los templos, los sepulcros, los hogares; las fuentes que murmuran en las selvas, y las flores que esmaltan los prados; los bramidos de la tempestad y el susurro de las brisas; la luna rielando en las aguas y las estrellas brillando en los cielos; los goces de la infancia y las ilusiones de la juventud; los amores de la tierra enlazándose á los amores que prolongan la existencia más allá del sepulcro; la patria, lo que más inspira, y la fe, lo que más entusiasma; el eco que vibra á través de los siglos llamándonos á la defensa de la tierra nativa y á la gloria de los que murieron por engrandecerla é inmortalizarla. Yo no concibo, señores, otra bandera que mejor simbolice la unidad y la fortaleza, á la sombra de la cual, y tremolándola con energía, nuestros padres han creado y dilatado la incomparable nacionalidad española, salvando las fronteras del mar y de los Pirineos, y borrando los antiguos límites del mundo para trazar otros nuevos sobre la faz del planeta. Ante ella cayó humillada y vencida la bandera de la soberbia Albión y tuvieron que pronunciarse en derrota las escuadras del Drake y los batallones de Norris.

Al llegar á este punto reclamo de vosotros un momento de atención, pues voy á recitar una página arrancada al brillante libro de la historia coruñesa; página hermosísima, escrita y regada con sangre de héroes.

II

Ocupaba el trono español Felipe el *Prudente*, segundo en el catálogo de los reyes que llevaron este nombre y de la dinastía que fundaron D. Felipe el *Hermoso* y D.^a Juana la *Loca*. Sentábase en el solio de Inglaterra la famosa Isabel, hija bastarda del cruel Enrique VIII, apóstata y adúltero, que sordo á la voz del Pontífice y al grito de su propia conciencia, enarboló el estandarte de rebelión contra Roma á fin de satisfacer con libertad libidinosa una pasión insensata. Los dos colosos—Felipe é Isabel—míranse mutuamente á través de los mares, contéplanse un instante, como para medir la altura de la majestad que cada uno representa, y lánzanse, al fin, un reto supremo que ha de conmover la Europa y repercutir en los bosques vírgenes de América. Esos dos colosos personifican los odios de religión y de raza, la preponderancia política y la intransigencia religiosa. Felipe muéstrase celoso defensor de sus derechos y de la honra de su reino; Isabel, en frase del protestante Cobbet, «jamás reparó en derramar la sangre del pueblo ni escrupulizó nunca en sacrificar el honor nacional». Estas dos fuerzas que se atraían al mismo tiempo que se rechazaban, los dos aliados de Chateau-Cambresis, los dos cuñados que, según el historiador Gebhardt, quisieron unirse con lazos más tiernos, no podían tardar mucho tiempo en encontrarse en el terreno ardiente de la lucha cuerpo á

cuerpo. Isabel, siempre astuta y rival implacable, había provocado las iras de Felipe II con el asesinato de la inocente María Stuart, «crimen horrible, dice Wihikaker, crimen atroz, capaz de avergonzar á unos súbditos menos adictos ó cobardes»; y á la par de ese enojo, común á todas las almas nobles por la comisión de delito tan infame, sentía el rey español espolada su cólera hacia la reina inglesa por el hecho vandálico de Drake en el puerto de Cádiz, sorprendiendo y quemando veintiséis navíos que en él estaban anclados; por el favor que la hija de Ana Bolena ocultamente prestaba á los rebeldes flamencos, fomentando, con su política doble y fementida, la guerra con los Países Bajos, y alentando con secretos convenios las pretensiones del Prior de Crato al trono de Portugal. Tantos agravios movieron á Felipe II á disponer la venganza, aprestando una formidable escuadra que debía desembarcar en las costas de Inglaterra un numeroso ejército flamenco. Vientos de tempestad destrozan y aniquilan la poderosa armada, y los mares del Norte devuelven á la península los restos de la *Invencible*, en vez de un ejército cubierto de triunfos y de laureles. No desperdicia Isabel tan hermosa ocasión, y tomando la ofensiva, equipa apresuradamente en Plymouth una flota de ciento cuarenta y dos navíos, al mando del terrible corsario Francisco Drake, con veinte mil hombres de infantería á las órdenes del no menos famoso y entendido general Enrique Norris. Hácese esta flota á la vela, y tomando rumbo hacia las costas de Galicia, preséntase á la vista de este puerto la mañana del 4 de Mayo de 1589, y bien pronto, impulsada por un fresco noroeste, roza con sus quillas las playas de Santa María de Oza. Desprevenida se encontraba la plaza para resistir á tan formidable enemigo. Escaseaban en ella las mu-

niciones y los barcos, no alcanzando la guarnición para cubrir los puntos más comprometidos. No importa. La fe y el patriotismo harán prodigios y renovarán, si es preciso, los días gloriosos de Sagunto y de Numancia.

Dejad que las tropas de Norris desembarquen tranquilamente y tomen posiciones; que avancen hasta las puertas de la ciudad, después de haber cañoneado y echado á pique los galeones *San Juan* y *San Bartolomé*; que cubran con sus masas los montes vecinos, corten las comunicaciones con el exterior y encierren á los coruñeses en un círculo de hierro. Dejad que arrecie el peligro; que los enemigos se apoderen de la Pescadería después de una heroica aunque desgraciada resistencia en que perdieron la vida el insigne capitán D. Juan de Monsalve y muchos compañeros de jornada, y cayeron prisioneros el pundonoroso D. Pedro Ponce con las fuerzas que combatían á sus órdenes, no sin haber destrozado antes las banderas de las compañías, á fin de que el enemigo no hollase con su planta los invencibles trofeos nacionales. Sobre las murallas esperan las figuras más salientes de tan sublime epopeya: los Troncoso, Bazán, Barrera, Meirans, Luna, Loreda, Manrique, Carbajal, Herrera, Montoto, el denodado Varela, y, sobre todo, el activo, inteligente y heroico marqués de Cerralbo, D. Juan Padilla, alma, corazón y cabeza de aquel hecho gloriosísimo, dispuesto á defender la ciudad «¡contra todo el mundo!» Detrás de estos capitanes están las aguerridas compañías y los valientes paisanos, apercebidos para vender caras sus vidas y dejar memoria eterna á la posteridad de lo que es capaz un pueblo herido en su fe y en su honor; y en su puesto, desempeñando oficios de hombres y de soldados, alentando á los hijos y á los esposos, acudiendo á los

fosos y revellines, proveyendo de alimentos y municiones á los combatientes, con la pica en la mano las unas, entonando canciones guerreras las otras, entregadas á la oración y á la súplica no pocas, las incomparables amazonas herculinas, las cuales, evocando el recuerdo de Numancia, han jurado perecer bajo las ruinas de sus hogares ó al filo de sus propias espadas antes que ser codiciado despojo de los viles sitiadores. ¡Días amargos los del 5, 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 13 de Mayo de 1589! Pero no fueron éstos, sin embargo, los de mayor apretura. El 14 todo se hallaba dispuesto para el golpe decisivo. Derruido el muro, volado por una mina el torreón de la puerta de los Aires, allanada la brecha, fácil les pareció á los contrarios el resultado del ataque. Pero no habían contado con que Dios asiste á los débiles y protege á los oprimidos; no habían contado con el auxilio de la divina Débora, á cuyos piés habían acudido los religiosos coruñeses cuando ya perdieran toda esperanza de humano socorro; no habían contado con el auxilio de la invencible Judith, que en las aguas de Lepanto diera tan señalado triunfo á las armas españolas contra el poder de la Media-luna; con el auxilio de la capitana insigne que barriera como polvo las huestes de Solimán bajo los muros de Viena, y en mil jornadas memorables pusiera á los piés de los reyes castellanos las oriflamas de los califas musulmanes.

Eran las seis de la tarde de aquel día funesto y glorioso á la vez; declinaba el sol proyectando sombras medrosas y ensangrentadas sobre la ciudad; y á esa hora, entre el tronar de los cañones y el silbar de las balas que van de uno á otro campo, las tropas de Norris abandonan sus atrincheramientos de Santo Domingo y se dirigen en correcto pelotón, formando dos nutridas columnas, al asalto de la derruida mu-

ralla. En la brecha, para detener el paso á los ingleses, esperan Diego Bazán, Alvaro Troncoso y Pedro Ponce. ¡Momento supremo aquel en que va á decidirse la suerte de la Coruña y la honra de España! Las columnas enemigas avanzan entre el destrozo y la muerte que en ellas producen los proyectiles de nuestros soldados, y á su vez, los defensores del muro van cayendo uno á uno, y dos á dos, como mieses trinchadas por el huracán, bajo el hierro y el plomo de los escuadrones británicos. Hubo un momento de indecisión en los contrarios. Tanto ardimiento por parte de los coruñeses, les intimida; el pánico se apodera de los ánimos, y los asaltantes retroceden. Entonces, de los acobardados batallones que vuelven el rostro, destácase un bizarro oficial, y blandiendo la espada al frente de los suyos y tremolando la bandera de su nación, llega ya á la cima del muro y va á gritar, con toda la fuerza del entusiasmo, ¡Victoria por Inglaterra y por su reina! Pero ved: del grupo de mujeres que animan con su presencia á los bravos coruñeses surge intrépida una matrona de rostro marcial y guerrero: el coraje ruge en sus labios y la cólera grita en su pecho; la fe enciende su mente y el patriotismo arde en sus venas; oculta su dolor de viuda y medita en silencio una venganza sin ejemplo. Con una pica en la diestra, lánzase sobre el osado alférez que escala el portillo: hiérole, derribale y arranca de sus manos la bandera con que intenta cubrir su cuerpo palpitante. Cayó el héroe británico— porque héroe fué verdaderamente aquel soldado—y MAYOR FERNÁNDEZ DE LA CÁMARA Y PITA, la Judith de aquel día memorable, la Jael de aquella jornada inmortal, agita al viento la enseña ensangrentada, muéstrala á los acobardados defensores como signo de victoria, y... ya no hay combate, porque todo es

terror y confusión en los asaltantes, y arrojo, decisión y valentía en los sitiados. *Repulsi sunt inimici ejus præ timore ejus.* (1)

¡Loor eterno á los valientes que en días de amargura y de quebranto han puesto su confianza en Dios, «á quien es igualmente fácil la victoria con muchos ó con pocos», y su corazón en María, por quien tantas veces la bandera española fué conducida al combate y alcanzó gloriosísimos triunfos en todos los confines del orbe! *Repulsi sunt...*

Yo me figuro la alegría que sucedió á aquella tarde de horror y de sobresalto, porque aun á la vista de las ruinas hacinadas y de los cadáveres insepultos de los amigos y de los hermanos gloriosamente inmolados por la patria, concíbese esa explosión de júbilo con que los vencedores saludan el sol de la libertad radiando sobre las frentes abatidas y los pechos angustiados. Yo me imagino el gozo que se apoderó de los coruñeses al ver en derrota á los soberbios hijos de Albión, y mudos y silenciosos, con las insignias arriadas, los navíos del Drake, los cuales, poco antes, vomitaban por cien bocas torrentes de fuego y de metralla, y surcaban empavesados, con los gallardetes tendidos al viento, las aguas del indefenso puerto brigantino. Todo ha cambiado en un momento en el trágico escenario de la ciudad herculina. Al estruendo del combate sucede el clamor de la victoria; á los gritos de angustia, los vítores y las aclamaciones de un pueblo redimido. Entonces, mientras los defensores de la puerta de Aires ceban sus aceros en los fugitivos, un coro de voces, que resuena en los espacios como los ecos argentinos de las campanas

(1) I Mach, III, 6.

en las altas torres de los templos, canta con entonación majestuosa y solemne, el himno triunfal de los reyes de Salen: *Super iram inimicorum meorum extendisti manum tuam, et salvum me fecit dextera tua.*

No importa que el enemigo intente hacer nuevas pruebas en el valor de los sitiados; que pretenda acometer por otro lado los débiles muros de la ciudad, y en su bárbaro afán de destruir, se proponga incendiarla por diferentes puntos. El heroico marqués de Cerralbo penetra las intenciones del Drake, sigue atentamente las peripecias de aquella lucha desigual, y corta toda esperanza á los contrarios con un rasgo muy propio de aquellos tiempos caballerescos: manda poner fuego al convento de San Francisco, á fin de que las llamas, elevándose á los aires, anuncien al corsario que en pechos españoles no caben el temor y la cobardía, y que allí en donde flota la bandera roja y gualda deben humillarse todas las banderas del mundo.

Así terminó, nobles coruñeses, la odisea inmortal de vuestro asedio. Bien podéis cantar con el pueblo de Betulia el himno sagrado de vuestra libertad y celebrar con pompas desusadas el recuerdo de tan memorable acontecimiento, que la mano de una mujer hizo famoso para siempre. *Benedixit in virtute sua, quia per te ad nihilum redegit inimicos nostros... direxit te in vulnere capitis principis inimicorum nostrorum.* (1)

Justo es, por lo tanto, que vengáis á cumplir ante el altar los solemnes votos del pueblo y de la Justicia y Regimiento de la ciudad; justo es que celebréis con espléndidos regocijos el aniversario de triunfo tan glorioso, y transmitáis á las generaciones venideras este ejemplo de gratitud á vuestros dignos ante-

(1) Judih, XIII, 22 y 24.

pasados, cuyos nombres han perecido tal vez, y para los cuales la patria no ha tejido todavía una modesta corona. La religión, por boca del sacerdote, les tributa el incienso de la plegaria: ¡que el patriotismo les consagre también en este momento el homenaje á que son acreedores los mártires!

III

Y yo os pregunto ahora: ¿quién ha hecho estos milagros? ¿Quién ha puesto en fuga á los aguerridos soldados de Albión y detuvo la marcha triunfal del Drake después de la desastrosa pérdida de la *Invencible*? ¿Fué acaso la coraza invulnerable de vuestras murallas, la potencia de vuestros cañones, el número de los combatientes, la pericia de los capitanes, el auxilio de los extraños?..... Yo no niego, no he de negar nunca, la influencia que ejercen estos factores en el éxito de las batallas y la parte que corresponde al arrojo de los coruñeses en el dichoso desenlace que tuvo la injusta agresión de la pérfida Isabel. Pero pregunto todavía si ese arrojo fué natural explosión de los sentimientos populares, ó más bien un generoso impulso de la fe religiosa y del patriotismo humillado. Prescindid por un momento del carácter de aquella lucha y de las causas de la rivalidad entre los dos poderosos monarcas; dejad sólo frente á frente los intereses privados de las dos dinastías reinantes, y veréis cómo todo concluye en una hora, cómo todos los brazos se paralizan, todas las cabezas se inclinan, y la bandera que flota gallarda sobre la torre del homenaje saluda reverente las banderas que ondean en el tope de los mástiles corsarios.

Vosotros, señores, no negáis, por el contrario, admitís conmigo, la influencia avasalladora que tuvo el sentimiento religioso en los destinos del pueblo español, desde la jornada de Covadonga, hasta la victoria de San Marcial, última página del poema de nuestra libertad é independencia. Porque España encarnó en sí misma, y de un modo especial, el genio civilizador y expansivo del cristianismo, por eso no tuvieron rival su civilización y su grandeza; por eso extendió las alas de su poderío hasta las regiones más apartadas del globo: civilización verdadera aquella, señores, puesto que tenía por base á Dios y por objeto los vínculos de la fraternidad humana por el conocimiento del amor, que arranca de la unidad de origen y tiende á la unión de todos los corazones en la fórmula más universal que han proferido los siglos: PADRE NUESTRO, QUE ESTÁS EN LOS CIELOS. Porque, como ha dicho Lamartine en plena Academia francesa: «El valor real de una civilización proviene de Dios, conocido, amado y adorado de la criatura. La oración es la última palabra, el último acto de una civilización verdadera. La más bella actitud del hombre libre es estar en pie y aplomado delante de otros hombres; la más bella actitud del hombre creyente es inclinarse y arrodillarse delante de la majestad del Dios que le ha creado».

Permitidme, señores, que lo diga sin cobardías ni miramientos á la corriente positivista de muchos de mis compatriotas: nuestros padres fueron grandes porque fueron fuertes; fueron fuertes porque fueron unidos, y unidos porque fueron creyentes. Fueron idénticos en las creencias y en los afectos, y ved por qué nuestra palabra y nuestra lengua—esta lengua tan rica, dulce y armoniosa—ha ido tan lejos, ha resonado del uno al otro polo, ha conmovido á los anti-

guos y nuevos continentes. Si de las tablas de una chalupa arriesgada sube á una playa distante un hombre que habla vuestro idioma, que tiene vuestro rostro, se advierte al momento que allí ha aparecido la gran potencia civilizadora. «Al resplandor de su mirada, diré con un ilustre orador, (1) en el modo con que fija su planta y adelanta su pie, la tierra reconoce al cristiano; el salvaje se inclina y exclama: Ved aquí los hijos del Sol, los que nuestras tradiciones nos prometían y nosotros esperábamos».

Por desgracia, señores, por una desgracia nunca bastante sentida, nunca bastante llorada, los hijos de la nobilísima tierra española estamos decaídos y desalentados, y, lo que es inmensamente peor, estamos divididos y subdivididos. Pero en medio de esta horrible enfermedad que destroza las entrañas de España, palpita aún, aunque amortiguada y débil, la fibra patriótica, como signo de resurrección y de vida. Toquemos á esa fibra con el bálsamo de la fe; envolvamos entre aromas de esperanza cristiana este cuerpo inerte y frío que se balancea entre el sepulcro y la nada. En tiempos absolutos era la fe una necesidad normal; en tiempos democráticos es la fe una necesidad suprema. Cuanto más libre es un pueblo, más virtuoso y creyente debe ser. A medida que la personalidad crece y la libertad se ensancha, los lazos materiales aflojan y, por consecuencia, los lazos morales se rompen. Para que un pueblo libre progresa debe cimentarse en la virtud, debe conservar muy puros los motivos de la conciencia, debe afirmar sólidamente los vínculos de la moralidad. En este sentido será eterna la profunda sentencia de

(1) Lacordaire, Conferencias de Nuestra Señora de Paris.

Torquerville: «El despotismo puede pasar sin fe, mas no la democracia. En los gobiernos despóticos puede el miedo contener á los ciudadanos; en los gobiernos libres sólo la religión puede dirigir á los hombres».

He concluído, señores. Pero antes de bajar de este púlpito, y aun bien persuadido de que estoy molestando vuestra atención y cansando vuestros oídos, séame permitido cumplir un deber de mi sagrado ministerio. Yo, sacerdote de Cristo, no vengo á predicar la guerra: vengo únicamente á implorar la paz. Firmemos, señores, la paz nacional al pie de esos altares, en medio de la religiosidad de este acto, consagrado á venerar la memoria de los héroes, vuestros antepasados, los cuales han vencido gloriosamente al conjuro santo de *Religión, Patria y Libertad*. Sea ésta nuestra bandera frente á esa otra bandera que amenaza, con cínica arrogancia, á las «naciones moribundas» y que aguarda impaciente la ocasión de nuestras intestinas discordias para ondear triunfante en las aguas de estos mares. Agrupémonos, señores, agrupémonos bajo el símbolo de nuestras tradiciones seculares, el pendón de Recaredo y San Fernando, á fin de resistir á la ambición de nuestros eternos enemigos, los dominadores del Océano.

Coruñeses: creed y esperad. Creed en Dios «á cuyo poder no hay potencia que resista». Esperad la resurrección de nuestras pasadas grandezas. La voz del Señor puede agitar los huesos ávidos de la visión de Ezequiel, revestirlos de carnes y de nervios, infundirles vida y movimiento, y volverlos al hogar de donde han salido para disolverse entre la podredumbre de la tumba.

Sacerdotes: orad por las víctimas y por España. Santa y poderosa es la oración que se eleva desde el altar, en donde Cristo se inmola, hasta los cielos, en donde su Eterno Padre nos escucha.

Exemo. Ayuntamiento: con vuestra presencia en este sitio habéis dado un magnífico ejemplo á vuestros administrados y correspondido de manera digna á la confianza en vosotros depositada por los insignes patrios que ofrecieron á Dios y á la Virgen cumplir los votos de su agradecimiento por la victoria alcanzada en el memorable 14 de Mayo de 1589. No olvidéis en lo sucesivo venir á satisfacer esta deuda de justicia. Representáis al pueblo coruñés en los nobles afectos de su corazón tanto como le representáis en las legítimas aspiraciones de su vida económica y progresiva. Responded fielmente á la devoción de este pueblo, á los votos de los mártires, á la esperanza de los gloriosos progenitores que os legaron una herencia de honor. ¡Dichosos los hijos que pueden citar con orgullo los nombres de sus padres! ¡Dichosos los pueblos á quienes honran el celo y la virtud de sus representantes! Sed padres de este pueblo consagrándoos con ardor á fomentar los intereses materiales y morales de sus habitantes. Con ello habréis dado satisfacción á Dios, á vuestra conciencia, y á la patria: habréis merecido la corona de gratitud con que premian los hombres, y otra corona más hermosa, más duradera y legítima que aquella que suelen otorgar los pueblos: la corona, el galardón, la recompensa que obtendrán los escogidos y que por derecho corresponde á los justos y á los buenos.

ESCRITURA DEL VOTO



ESCRITURA DEL VOTO

«En la Ciudad de la Coruña día 8 del mes de Mayo
»día de San Miguel año del Señor de 1589, decimos
»nos los vezinos e moradores de esta Ciudad havitan-
»tes e residentes en ella que aquí firmamos por nos y
»en nombre de los mas que en ella vivieren y residie-
»ren, que profesamos hazemos voto solemne á Dios
»Nuestro Señor, que el día de N.^a Señora de la Visita-
»ción que es á dos de Julio de cada año, librandonos
»Dios nuestro Señor del Cerco en que al presente es-
»tamos por mandado de la Reina de Inglaterra en
»esta ciudad, de cuyo remedio no esperamos humano,
»se dirá en el dicho día en el Monasterio de Santo
»Domingo de esta Ciudad, la misa, vísperas y sacri-
»ficios que suelen decir los cofrades del Rosario, y se
»confesarán y comulgarán todos los que entraren en
»esta profesión: y en lugar de la Comida y otros gas-
»tos profanos que en dicho día suelen hazer casare-
»mos 15 doncellas á razón de 20 ducados cada una,
»que son 300 ducados, los cuales se han de repartir
»entre los vezinos de esta Ciudad que hiziese el voto

»dicho, y mas que el Mayordomo que fuere de dicha
»Cofradía ha de dar limosna á todos los pobres que
»le vinieren á visitar á su casa, de comer y beber
»pan y vino, carne y pescado, el dicho día de Nues-
»tra Señora por razón de la Comida que el dicho Ma-
»yordomo solía dar á los cofrades; y ademas siendo
»Dios servido alzar el Cerco, se hará una procesión
»general de disciplinantes el día que se levatare el
»Cerco ó el siguiente, y porque al presente no pode-
»mos estender mas bastantemente esta memoria, nos
»obligamos con nuestras personas y bienes de lo
»guardar y cumplir así, y estendemos esta memoria
»la otorgamos y firmamos de nuestros nombres.—
»Vasco Pillado.—Baltasar Tello de Guzman, Chantre
»de la Coruña.—Sebastián Varela.—Ares Gonzalez.—
»Pedro Gaspe.—El licenciado Barja.—Juan Lopez de
»Ques.—Francisco Labora.—Juan de San Lorenzo.—
»El Relator Osuna.—El Licenciado Geronimo Fernan-
»dez.—Fernando Asonzo, decano.—Luis Alvarez.—
»Juan Pereira de Castro.—Ares Lopez de Figueroa.—
»Esteban Varela.—El Licenciado Lamas.—Ventura
»Mosquera».

*Per acuerdo del Excelentísimo Ayuntamiento
de la M. N. y M. L. Ciudad de la Coruña,
Capital de Galicia, de VIII del mes de Julio,
se imprimió esta Oración, á sus expensas,
en el establecimiento tipográfico
La Gutenberg á VIII de Agosto
de MCMIII*



